

## **En el cementerio de cosas resucitan los muertos**

*Elite.*

El callejón Sur del Municipal es un lugar aparentemente tranquilo. En Caracas, y tan cerca de El Silencio, resulta un verdadero oasis para quien tiene oídos que sólo perciben los mil ruidos de la nueva avenida en construcción, el impaciente acelerar en falso de los carros que hacen cola o el impertinente griterío de los que quieren emplear los "por puestos" que se alinean entre las esquinas del callejón y Miranda; porque, a su pesar, en quietud y en calma gana esta cuadra a cualquiera que pudiera oponérsele en esta Caracas de hoy, que se agita con los mil ruidos del gigante que se despierta.

Pero el que ensaya escuchar con los oídos del alma oirá lo que yo percibí al pasar por el callejón: ruido de cadenas, rasgar de guitarras destempladas, lamentos, risas apagadas, voces que quieren hacerse oír, sollozos de mujer que quiere esconder su pena..., un todo de ruidos y de voces igual al que debe escucharse a las puertas del Purgatorio en vísperas del Juicio Final...

### **"La Cubanita"**

Cauchos a medio uso y un arcón viejo invaden la acera como colmo de aquel pequeño local atestado de cosas que, amontonadas, apiladas en el suelo o colgadas, pugnan por salir por la puerta estrecha del negocio, o se agolpan sobre la verja de la única ventana como si quisieran respirar. Cual si fuera el banderín que explica aquella extraña concentración de cosas heterogéneas, porque mal podré explicar yo cuán mal se avenían a estar juntas en aquel incongruente montón, prendas de procedencias tan dispares que allí se han venido a reunir, dice: "Compra y Venta "LA CUBANITA", como si el destino del desprecio de unos y la necesidad de otros los hubiera reunido en esta encrucijada que parece un cementerio donde todos tienen algo que contar de su pasado esplendor o sus miserias.

El administrador de todo ese mundo del pasado, que espera a turnos algo del porvenir, está dentro como prisionero de sus propias prendas, en un pequeño hueco libre que defiende un mueble con pretensiones de mostrador. Parece ajeno a todos estos ruidos que nos aturde y, presintiendo un cliente, se acerca obsequiosamente para explicarnos que aquel busto de yeso pertenece a Don Cipriano Castro, elegido Presidente de la República en 1901.

– Pero todavía está lamentándose de su mala fortuna –le dije yo–. Aún está orgulloso de sus triunfos sobre Andrade, de su voto por la undécima Constitución de Venezuela; pero se queja amargamente de Gómez y del fracaso de 1913. Está muy agradecido a ustedes, que le salvaron cuando arrojaron su busto del Teatro Municipal y le dieron un nuevo baño de pintura.

- ¿Cómo lo sabe?
- ¡Si acaba de decírmelo!

Ya desapareció el hielo que separa al vendedor que hace su artículo, del cliente que pone reparos al precio: ambos estábamos en el secreto de las cosas y recibimos sus confidencias. Delfín Betancourt hace las presentaciones y todos los corotos se prestan a contarnos sus penas y sus alegrías con la avidez de unos incomprendidos que buscan a ensanchar el marco estrecho de sus relaciones.

### **La historia de un cuadro**

Delfín Betancourt: cejas y bigote espesos, patillas de gitano, ojos despiertos de chalán y aires de propietario acomodado, pertenece a esa clase de la aristocracia de traperos que compran en los "carneros" y esperan a los clientes en su establecimiento. No es el gremio de esos que pasean las calles y visitan los vertederos con un saco vacío al hombro, encorvados ya como si presintieran su peso; ni alcanza al oficio de empenheiro. Betancourt compra de ocasión y vende cuando se presenta tal, después de recibir las confidencias que revalorizan las prendas: vende a la vez coroto y novela, que a veces es historia. Nosotros, clientes de historia, damos fe de que ésta es verídica.

María de Jesús Rengifo de Siso nació el 1º de enero de 1777. Lo dice ella y está escrito al dorso del cuadro donde vive su memoria: "Hija legítima de José Francisco Rengifos y María de la Sensión Ceballos. Se casó con Juan Estevan Siso el 26 de noviembre de 1802. Enviudó el 28 de julio de 1814. Murió el 10 de octubre de 1854". No sabemos por qué la hija perdió la "s" del apellido de su padre, si en aquella época existía en el santoral de la Iglesia "Sensión", que tanto se parece a Ascensión o Asunción, y, tampoco sabemos si Esteban se escribía en aquella época con "v" o fué el escribidor quien se "peló". Lo cierto es que las restas están bien hechas y de ellas se desprende que la señora María de Jesús Rengifo vivió 77 años, dos meses y 20 días; que estuvo casada durante 12 años y permaneció viuda durante 40. Su viudez duró este tiempo, aunque en el planteamiento de la resta el escribidor matemático invirtió los factores colocando arriba el sustraendo. La imagen nada sabe de esto y no pierde su serenidad cuando nos cuenta que su recuerdo duró en la familia dos generaciones. En cuanto su nieta se casó con aquel botiquinero de la esquina que montaba guardia en la verja todas las noches, la familia se mudó en busca de mejor acomodo, y por unos pocos reales otra de mal asiento y peores costumbres se hizo con todos los corotos de la casa. Fué testigo mudo de dos propuestas de matrimonio y un sin fin de riñas. Un plato le alcanzó una vez y todavía queda la cicatriz muy cerca de la comisura de los labios. Dió gracias a Dios cuando se mudaron a la habitación unos vecinos de mejor aspecto, pero el cuadro fué a parar al desván y trabajo le costó hacerse a la oscuridad, al polvo y a las ratas de aquel triste encierro. Cuando llegó Betancourt a comprarlo tuvo la certidumbre de que se trataba de un hombre respetuoso de las cosas viejas y desde entonces está agradecida por la deferencia con que se le exhibe en la tienda. Ahora, que se le dedica un reportaje, ha dejado de lamentarse.

## Un zapato sin esperanzas

Aquí nada está en orden y, sin embargo, dentro del desorden en que están colocadas las cosas parece que todo está en su sitio. Lo que más choca en el local es un calendario de 1950 y a pesar de que aún está colgada la hoja de abril el anacronismo es tan pequeño que uno se siente inclinado a desplazar todo el almanaque. Hay sombreros y vestidos que certifican que la moda pasó por todo antes de permitir su aprovechamiento. Sobrantes de la elegancia, desperdicios del capricho, esperan que la miseria, habitante de todos los tiempos, se acerque hasta ellos para hacerse útiles a quienes viven hoy sin pretensiones de estar al día con la moda, pero con la necesidad de cubrir sus vergüenzas.

– No sólo tengo antigüedades –nos dice el señor Delfín, mostrándonos toda aquella mercancía– también hay artículos de primera necesidad...

– ¿Un zapato de un solo pie?

– Y es "mu fino". ¡También tiene su empleo, cómo no!...

En el mundo también hay cojos, amigos, y Delfín surte de prendas a algunos. Estas son las ventajas que explota el oficio. En las zapaterías sólo venden pares de zapatos, como si no existieran seres privados de un miembro que necesitan calzarse. Entre éstos se ceba la miseria más que en el resto de los mortales, por su incapacidad, y no todos tienen real para encargarse un zapato a la medida.

– ¿Cómo llegó este zapato hasta usted?

– Pues verá... ¡pero será mejor que se lo cuente él!

El, es el zapato. Un zapato negro de tafilete, de una forma que se ha puesto otra vez de moda, como tantas cosas viejas que tomamos por nuevas porque vuelven a surgir, como si tuviéramos necesidad de volver siempre a nuestro pasado para crear "novedades". El y su pareja salieron un día calzando los pies mejor cuidados de la elegante sociedad caraqueña. El señor elegante tuvo tan mala pata aquel día que antes de que se enterara de su nombre, fué atropellado por un tranvía en la esquina de "Tienda Honda". El zapato derecho quedó totalmente destrozado y a punto estuvo su dueño de perder el pie, pero el cirujano se lo compuso y "me dejó sin dueño". Me tiraron a un desván hasta que llegué a parar aquí, donde he perdido ya todas las esperanzas de pisar las nuevas calles de Caracas"... "Todavía me quedaban algunas –continúa el zapato negro– hasta que el otro día el señor Delfín me enteró de una grave noticia. Leyó en un periódico el siguiente aviso económico: "Cojo de pierna derecha busca cojo de pierna izquierda para adquirir un par de zapatos en comandita"... Yo sé que el señor Delfín no lo leyó aquí por ofenderme, pero tal como hoy están las cosas no tengo la menor esperanza de hacerme útil".

## El misterioso origen de una olla

– Esta es una lámpara de "fumoal" –nos dice Betancourt con toda seriedad–. Este coroto era antes "mu elegante".

Se trata de una lámpara de alcohol provista de una base o peana donde se asienta un árbol con un ingenioso resorte que le permite subir o bajar la lámpara a voluntad sin

necesidad de fijarla con ningún sostén. Es la pieza más lujosa que existe en la tienda y su dueño la exhibe en la misma entrada.

- ¿Es muy antigua esta lámpara?
- Mucho... y es verdad, no es como la historia de aquella olla...
- Cuéntemela.
- "Sí, a usted se la voy a contar, porque sé que no va a echarle la culpa al oficio".

Frente al establecimiento de lotería situado de Marrón a Cují había hace unos años una tienda de antigüedades que exhibía con orgullo una olla que los peritos valoraron en 500 bolívares. Era una olla chiquita y de mal aspecto, desportillada, de un color indefinido, que un Juan Bimba la hubiera pateado, de encontrarla en la calle. Los peritos la examinaron a instancias del dueño del establecimiento, mosqueado por la insistencia con que un señor muy elegante quería adquirirla por un precio mayor del que él estaba esperando cobrar por la ollita.

- No la venda por menos de 500 -le recomendaron los peritos-. Es una magnífica pieza de alfarería perteneciente a una tribu ya desaparecida. Esa inscripción es la más rara de las que yo he visto en mis trabajos de investigación... No se desprenda de la ollita a menos que se la paguen muy bien. Por lo menos tiene que cobrar 500 bolos por esa joya.

El anticuario hacia el artículo a cuantos pasaban por la tienda, pero nadie apuntó tan alto en sus posturas y decidió no venderla por una puya menos del precio fijado por los peritos. Todos leían con indiferencia la inscripción que figuraba dentro de un rombo dibujado en la olla de la siguiente forma:

OL  
LAP  
ARAS  
ANCO  
CHO

Un día entró un isleño a preguntar su precio:

- ¿En cuánto vende usted esa olla?
- "Este no me compra" -dijo para sí el anticuario-. Mire usted, amigo si quiere una olla para su cocina tendrá que buscarla en otra tienda; ésta pertenece a no sé qué dinastía...
- ¿Dice que esa olla es de dinastía?... ¡Pero si es mi olla para sancocho!

El hombre tuvo que abandonar el establecimiento por haber proferido semejante blasfemia y el airado dueño calculó que no estaba en sus cabales. Al día siguiente volvió el isleño en un tono tan amistoso que el anticuario tuvo que escucharle y espetó tan buenas razones, además, que las iras del dueño se volvieron contra el perito, a quien llamó para enfrentarlo al canario:

- Dr. Requeña -le dijo, cuando ambos estuvieron presentes-. Le voy a presentar al señor que dice haber hecho esta olla.

El Dr. Requeña no pudo ocultar una sonrisa y a la par que guiñaba maliciosamente al anticuario, se dirigió al isleño para ponerle en un aprieto:

- ¿Puede usted descifrarnos lo que dice esta inscripción?
- Sí, señor –responde el frutero con sorna-. Aquí dice OLLA PARA SANCOCHO!
- Los periódicos se ocuparon mucho de la "cosa" –nos dice el señor Delfín, terminando su historia-. Resulta que la casa donde vivía el canario se quemó y alguno recogió la olla de los escombros y la vendió al anticuario por unas puyas, sin especificar su origen.

### **El Buda providencial**

De cosas aparentemente inútiles que uno busca sin provecho en las modernas ferreterías para una reparación cualquiera está lleno el establecimiento. Llaves de paso, tornillos, bolas, arandelas, espumaderas, zapatos, cuernos para niche, trozos de cordón, lámparas, planchas... Un portafolio que sabe de las fatigas de un vendedor descansa aquí sus inútiles trotes junto a una elegante caja de sombrero femenino confeccionado por una firma que se sonrojaría toda si conociera el destino de uno de sus modelos.

- Pero todo esto es de utilidad –nos dice-. Hace feliz, claro es, un poco de sentido práctico y conocer de todo un poco para saber elegir la mercancía en los carneros. Pero desde aquello que me ocurrió con un Buda "de esos", ando con mucho tiento para desestimar las cosas y cada vez arreo con más trastos para mi casa, seguro de que han de servir para algo que mis clientes piensan hacer...

- ¿Qué le ocurrió con el Buda?

- Pues, verá usted. me llamaron para una mercancía que se realizaba en El Paraíso. Una mudanza como otras, ¿usted ve?... Pues entonces me encontraba yo escaso de reales y, después de elegir algunos corotos y hacer mis cuentas, vi que me sobraba un fuerte. "Vaya –me dijo el dueño- llévese usted esta imagen, hombre; es un Buda que vale más plata, pero que se lo dejo en ese fuerte que le queda". No quise llevármelo, pero tanto insistió que al fin cerramos trato en cuatro bolos. ¿Sabe usted en cuánto vendí el Buda al día siguiente? Asómbrese, hermano: ¡en 400 bolívares!... "Aquello me salvó la situación; aunque sea chino, ese Buda es un Santo de mi devoción".

### **Cómo anda el negocio**

- Si, señor; nuestro negocio es como otro cualquiera y tiene sus altibajos. Ahorita está un poco floja la cosa...

- ¿En qué época le ha ido mejor?

- Pues el año de Medina. "Como que fué el 43"... Ahora hay crisis, "los motivos económicos de todos".

Pero el señor Delfín nos dice con satisfacción que a pesar de las dificultades él sostiene en casa 12 muchachos y cuenta con muy buenos clientes que confían encontrar en su casa todo lo que necesiten y él, por su parte, se esmera en servirles.

Después de las confidencias, los "corotos" del señor Delfín se han calmado y todos parecen dispuestos a aceptar su suerte, hasta que cualquier día vayan a desempolvarlos y

empezar una nueva vida; esa segunda parte que se inicia cuando se le estima en "medio uso". Después vendrá el vertedero, y acaso también habrá quien llegue allí en busca de algo útil para aliviar otra miseria...